

# Hasta que no aparezca el blanco

Gloria Llopis Prendes  
Psicólogo-pedagoga  
Batabanó, Mayabeque, Cuba

Zoraida Hernández y Ramón Garriga no lo logran. Sus intentos, diez años después, siguen siendo infructuosos. La maternidad y paternidad se han convertido para ellos en un vía crucis; aparentemente insorteable incluso por la perseverancia. Cada vez que lo intentan, la respuesta es la misma: hasta que no aparezca un blanquito ustedes no pueden adoptar. Un cubo helado para cristalizar una doble derrota: de la maternidad —Zoraida es la más persistente— y la del antirracismo.

Es una historia verdadera. Zoraida Hernández y Ramón Garriga son una pareja algo rara. Llevan casados 15 años, desde muy jóvenes, y han sostenido una relación basada en profundo amor. La frase no es retórica, de esas que suelen adornar la galería verbal de las apariencias. Lo de ellos va en serio, porque han pasado la prueba del matrimonio: mantenerse unidos, no por los hijos que están, que para muchas parejas significan un calvario dulcificado por el agradecimiento de la descendencia, sino por los hijos potenciales que no llegan por causa de la biología.

Cinco años después de muchas efusiones de amor, de consultas con los mejores especialistas a mano, de someterse a tratamientos insondables, incluso con medicamentos importados y recomendados por los médicos, Zoraida no pudo concebir. Para mejor comprobación, recurrió a la inseminación artificial en un momento en el que se pensaba que la mitad del proble-

ma yacía en la poca fuerza espermatozoidica de Ramón. Descartada esta causa, se supo entonces que Zoraida, simplemente, no resistía anidar un feto por mucho tiempo.

Tomaron entonces la decisión de adoptar: era, y sigue siendo, la única opción en su horizonte para satisfacer el deseo más visceralmente humano: criar, educar, festejar y prolongar la descendencia a partir de los valores y del carácter. Adoptar es todo un proceso. Como debe ser. Requiere someterse al examen minucioso en la comunidad, en el centro laboral y en las instituciones médicas, sobre todo aquellas que determinan el estado psicológico de la pareja. Y cabe una precisión importante.

Se trata de determinar el estado psicológico de la pareja tomada como tal y no solo de sus componentes vistos como individuos, por el riesgo que supone entregar un niño a quienes intentan formar una familia que luego puede desintegrarse. Es importante que la pareja muestre claros signos de estabilidad, respeto y empatía mutuos antes de tomar una decisión que afectará decididamente el futuro de un infante. Si el Estado no tiene una responsabilidad total sobre los hijos biológicos, la adquiere de seguro sobre aquellos que entrega con el sano propósito de que crezcan en el seno de un hogar nuclear.

La pareja tiene que pasar también por las instituciones judiciales y aquellas que tienen que ver con la infancia. Nada de problemas con

la justicia y nada de antecedentes visibles de maltrato hacia los niños. Se entiende el riguroso proceso. La sensibilidad y la delicadeza del asunto lo exigen. Los hijos de la patria pueden ser devueltos como hijos afectivos si y solo si está garantizado que no van a convertirse en hijos del infortunio. Aunque al final nadie sabe. De ahí las cautelas de todo Estado.

Zoraida y Ramón pasaron los exámenes. Con creces. El último de ellos, el que tiene que ver con la estabilidad económica, fue el de mayor puntuación: ambos son profesionales vinculados al sector terciario y relacionado con la inversión extranjera. ¿Se quiere una condición ideal para la empresa más humana de las que se tiene memoria? Sí, excepto que los ideales contrastan en muchas ocasiones con las circunstancias ambientales que impone la cultura, y una de ellas es el racismo.

Una vez examinados, la pareja empezó a recorrer entonces las instituciones que sirven de hogar público a niños en su mayoría abandonados. Aquí empezó la realidad social su trabajo, y el baño de información social comenzó a ofrecerle un rostro desconocido para ellos: la institucionalidad del racismo como política pública. En dos sentidos.

El primero es que la mayor parte de los niños recogidos en los hogares de la patria son negros. Este es un hecho sobre el que se habla poco, pero que parece preparar la otra realidad social que marca la experiencia racial en Cuba: la mayoría de las personas negras, hombres fundamentalmente, son los que pueblan dos instituciones muy vinculadas en nuestro país: la prisión y la policía. Este doble fenómeno socio-racial empieza también en los hogares de la patria y entre ellos rara vez se establece un vínculo cultural. Estos parecen ser los ámbitos principales a través de los cuales se canaliza la violencia en la que se educan las personas negras en Cuba, ya sea en los barrios marginales o en las pequeñas instituciones de infancia

aparental. Violentar legal e ilegalmente se ha convertido en el sino de la raza negra en Cuba.

Zoraida y Ramón testimonian y viven esta realidad en miniatura, porque se dieron cuenta de lo difícil que es adoptar un niño o niña blancos en Cuba. En tres años consecutivos nunca encontraron un pequeño o pequeña étnicamente compatible para cumplir sus sueños. Porque las familias blancas —esta es una realidad a investigar desde múltiples enfoques— son las que más protegen su propia descendencia. Desde esta perspectiva merece ser analizada la impronta social del proceso político cubano que no logró, desde sus presupuestos, romper la línea de demarcación étnica de la desigualdad. Los niños de los *otros diferentes* son el mejor espejo de las fracturas sociales que siguen las fallas labradas histórica y culturalmente por la diversidad de razas. La revolución nada ha superado desde sus propios fundamentos.

A pesar de esto, y después de una discusión que incluyó a las familias de ambos, Zoraida y Ramón deciden adoptar un niño negro. Descartaron a una niña porque ambos siempre quisieron tener varón. La razón es compensatoria. Ambos lados de la familia están poblados de hembras, es decir: tías. Ellos querían aparecer con lo distinto, con la novedad, con un pequeño mimado por su rareza y estaban y están dispuestos a extender dicha rareza a la raza. A fin de cuentas, ellos provienen de familias blancas humildes no racistas, dispuestas a asumir un vínculo filial posracial.

Imposible. Todos los intentos de adoptar un niño diferente chocan con ese otro racismo institucionalizado. Cinco aproximaciones, incluida la de este año, no han podido convencer a las autoridades de que la sociedad se está moviendo en la dirección correcta en materia de integración racial. Una prueba del conservadurismo cultural de las instituciones respecto a la posmodernidad consustancial a las corrientes más progresistas de la sociedad.

La postura de semejante institucionalización del racismo se lee así: no es política del Estado dar en adopción niños de una raza a padres de otra raza. Por razones aparentemente psicológicas, según la psicología de corte racista que fundamenta un juicio a todas luces prejuicioso, se cree que un niño negro en familia blanca o un niño blanco en familia negra crecerán en un ambiente social negativo, que no contribuirá a su normal desarrollo. Según estos “profundísimos estudios psicológicos”, las consecuencias para la identidad de estos niños podrían ser irreversibles, incidiendo en su futura inserción socio-cultural.

El daño sería —siempre en sintonía con esta escuela nacional de psicología, que se emparenta por cierto con un tipo de estudios de psicología que abundó en el sur de los Estados Unidos durante los años 50 del siglo pasado— en tres niveles supuestamente relacionados a la larga:

Un nivel afectivo en el espacio público: estos niños no serían vistos como iguales por sus potenciales compañeros

Un nivel de identidad: estos niños no tendrían una conexión de ascendencia filial, étnica y cultural

Un tercer nivel de estabilidad socio-psicológica, que se estima fundamental para la seguridad necesaria en la adolescencia y adultez, si es que se pretende garantizar el éxito en la vida social.

Esto es racismo del bueno. En términos de psicología profunda, todas estas argumentaciones son destruibles al primer contraste riguroso, porque subestiman, entre otras cosas, el trabajo de ruptura creativa que se puede y debe hacer en el ámbito de la cultura simbólica y social. Esto lo saben Zoraida y Ramón a un nivel intuitivo. Por eso se escandalizan cuando el Estado enmascara una insuficiencia de la cultura con un argumento psico-sociológico que no resiste el menor análisis. Y ellos suponen

que el Estado no funcione con los prejuicios populares convertidos en ciencia para frustrar la construcción afectiva de una familia multi-racial.

Este hecho pone a Cuba a la zaga de los avances culturales del mundo. Por doquier parejas solventes adoptan niños con independencia de la raza, el color de la piel, la etnia o cualquiera de las diferencias de identidad que distinguen a los seres humanos. Las evidencias sobran, y no es necesario nombrar a parejas famosas como Brad Pitt y Angeline Jolie para demostrar lo que cuenta con estadísticas de los censos poblacionales.

Esta práctica interracial es un instrumento muy efectivo para combatir el racismo desde la infancia. Los niños formados en ambientes multirraciales tienden a crecer más integrados dentro de culturas que se globalizan y a entrenarse en la tolerancia social, que es definitiva para potenciar ambientes sanos de convivencia, altamente enriquecedores y civilizados. La pureza étnica crece siempre pareja a la perversión y retorsión de las culturas y a la endogamia cultural que limita el crecimiento humano. Mucho más en ambientes naturalmente multirraciales como el cubano, en el que fracasan, desde su fundación, todos los guetos raciales que han pretendido la criollización forzada de la cubanidad.

Esta práctica racista institucional es anticonstitucional en todas las direcciones posibles. El Código de Familia (1975) no prevé la adopción siguiendo la raza o el color de la piel. Zoraida y Ramón solo quieren un niño constitucionalmente legítimo como modo de luchar. Y este es un propósito, añadido a su historia, contra la institucionalidad cultural de un racismo que no permite ni su felicidad ni que Cuba se encuentre consigo misma. Para eso no es importante esperar a que aparezca un blanquito. Un negrito sí resulta necesario.